

LA CUEVA DEL MONJE. (GUADIX, GRANADA)

ANTONIO REYES MARTÍNEZ.

LABORATORIO DE ARQUEOLOGÍA Y ARQUITECTURA DE LA CIUDAD. (LAAC).

ESCUELA DE ESTUDIOS ÁRABES. CSIC.

RESUMEN

El presente artículo analiza la llamada Cueva del Monje, situada cerca de Guadix (Granada). La ausencia de información sobre su origen y ocupación se ha suplido tradicionalmente con la leyenda, según la cual, este lugar estuvo ocupado por un monje durante la época mozárabe. Probablemente bajo la leyenda exista algún trasfondo histórico que apunte a esa etapa eremítica medieval.

Palabras Clave: Hábitat troglodita, leyenda,

ABSTRACT

The present article analyzes the so called Cave of the Monk, placed near Guadix (Granada). The absence of information about his origin and occupation has been supplanted traditionally by the legend, according to which, this place was occupied by a monk during the Mozarabic epoch. Probably under the legend there exists some historical background that points at this eremitic medieval stage.

Key words: Habitat troglodyte, legend.

1. INTRODUCCIÓN

Los lugares relacionados con las leyendas de época medieval y mozárabe son siempre problemáticos a la hora de interpretarlos, pues a veces, no se sabe si en tales leyendas hay algún trasfondo histórico. La Cueva del Monje es un ejemplo de este tipo de ermitas rupestres que se conocen precisamente por estar asociadas a su peculiar carácter legendario.

Hay multitud de referencias legendarias en donde a un pastor o un ermitaño, se le aparece la virgen, como por ejemplo Nájera, Ujué, Angosto, Abalos, etc.¹ e igualmente son innumerables las imágenes marianas que llevan como advocación “La Cueva”, por haber sido en una gruta o en una cavidad el lugar donde fueron halladas. En este sentido, la cueva como lugar sacro, ha estado presente desde el surgimiento del cristianismo y como lugar mariano incluso antes, baste recordar la visión de la nubecilla del profeta Elías en el Monte Carmelo, que posteriormente fue interpretada como la aparición de la Virgen.

2. MARCO GEOGRÁFICO

Figura 1. Localización geográfica.

1 MONREAL JIMENO, L. A. *Eremitorios rupestres altomedievales (Valle del Ebro)*. Universidad de Deusto. 1989. p. 23.

de mediana altura, resultado de un proceso de erosión provocada por el viento y el agua sobre materiales detríticos. Estos cerros se encuentran surcados por pequeñas ramblas sin caudal de agua, excepto durante las tormentas estivales. En este cerro en concreto la inestabilidad es muy alta, al contener gran proporción de gravas con respecto a la arcilla (figura 2).

Los factores ambientales y su abandono han provocado que parte del cerro se haya derrumbado, llevándose consigo una parte de la cueva, siendo peligroso su acceso. A ello hay que sumar los graffiti y boquetes en las paredes realizados por excursionistas desaprensivos.



Figura 2. Panorámica del cerro donde se localiza la cueva.

3. DESCRIPCIÓN DE LA CUEVA

Nos encontramos ante una cueva de pequeñas dimensiones, dado el reducido número de estancias, probablemente para el uso de una persona (figura 3). La entrada se localiza en el lado sureste de un cerro escarpado, accediendo a través de un arco de medio punto, que se encuentra reforzado con obra de mortero de cal y ladrillos. Los techos fueron ejecutados a dos aguas y los arcos de los pasillos que comunican las diferentes habitaciones se tallaron imitando bóvedas de cañón. La superficie de las paredes es lisa, aunque no sabemos si en su origen fue así, ya que, actualmente lo que podemos ver son unas pinturas barrocas, y algunas de las paredes están enlucidas o reforzadas con ladrillo.

Al pasar dicho arco nos encontramos con una pequeña sala que funciona como distribuidor del resto de las habitaciones separadas unas de otras por pasillos no demasiado estrechos y con los techos excavados a medio punto. Desde este distribuidor o vestíbulo se accede al resto de las habitaciones: una a la izquierda, otra al fondo y otra a la derecha.

La habitación de la izquierda prácticamente ha desaparecido, tan sólo queda el pasillo de acceso a ésta, sabemos que estaba a una cota diferente del resto, pues se conservan los restos de una escalera, y poseía un pequeño balcón o gran ventana con vistas al Oeste, pudiendo visualizar la ciudad de Guadix y la vega. La habitación de la derecha es de planta cuadrangular y posee un gran boquete en uno de sus lados, probablemente realizado en la actualidad.

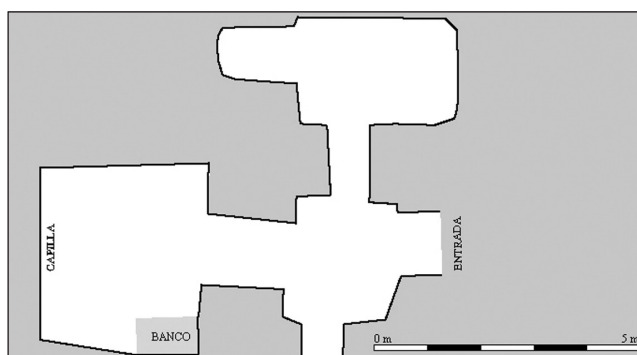


Figura 3. Plano de la cueva.

La habitación de mayor interés es la que se encuentra situada al fondo, es de planta ligeramente rectangular con un poyete o rebanco situado en uno de sus laterales. Sus dimensiones son bastante reducidas y la hipótesis sobre su uso es de imaginar que sería para asiento del monje ya que para dormir sería demasiado pequeño a no ser que durmiera sentado (figura 4).

Lo más destacado de esta estancia es la hornacina, de grandes dimensiones, abierta en la pared del fondo mediante un arco de medio punto, y sería el espacio para albergar una imagen. Tanto la hornacina como el resto de esta habitación se encuentran pintadas en su totalidad: la parte baja de las paredes o zócalo se encuentran decorados con una pintura roja que parece ser almagra. Y las partes superiores y el techo de color azul cobalto con filigranas y adornos geométricos de color más oscuro. La decoración más cuidada o detallada la encontramos alrededor de la hornacina, decorada con dos ángeles sosteniendo un cortinaje rematado por una corona. Se trata de pinturas populares, de escasa calidad artística, realizadas probablemente durante el siglo XVIII (figura 5).



Figura 4. Asiento excavado en la arcilla.



Figura 5. Habitación principal.

4. LA CUEVA DEL MONJE EN SU CONTEXTO LEGENDARIO

En 1900, José Requena Espinar, director del periódico *El Accitano*, resumía el relato de la siguiente manera:

La Cueva del Monje: Detrás del Humilladero, risueño alcor que se levanta coronado de verdes olivos, en la riquísima vega de esta ciudad, existe aún una pequeña excavación a que por todos los naturales de este país se le da el nombre de Cueva del Monje.

Es tradición oral, que cuando los árabes se posesionaron de esta población en el siglo VIII, andando los tiempos, vivió en ella un hombre de cristianísimas virtudes, que, huyendo de la persecución y martirio a que aquellos infieles condenaban a los sectarios de Cristo, se retiró a aquel antro troglodita, viviendo allí ignorado y escondido de naturales e invasores, ejerciendo el solo prácticas evangélicas que acostumbraban los que tuvieron la dignidad de encerrarse en las catacumbas. Este voluntario eremita no vio los rayos del sol en muchos años, y solo en las sombras de la noche acostumbraba a salir de su miserable escondite, a fin de recoger algunas hierbas, que era el único alimento de su frugal y oscura existencia.

Un día, los adoradores de Mahoma se acercaron a aquel antro profundo y oscuro, y por un milagro de la Providencia no le vieron, por estar él inclinado en el último rincón de tan larga madriguera. El observó lo que pasaba, y entrando en temores de que el registro pudiera repetirse, en aquella misma noche, con una pobres alforjas al hombro y un burdo y tosco cayado, por en medio de montes y tierra, atravesando terrenos abandonados e incultos, tomó el camino de Córdoba, llegando salvo y sano a la capital del Califato, donde él sabía que vivían muchos cristianos amparados por la rectitud y bondad de los eminentes Califas de aquella corte, que llegó a ser el emporio de las ciencias y las artes en España, tal, que los hijos de los reyes cristianos eran mandados a aprender a sus madrazas, lo que las ciudades dominadas por los reyes descendientes de Pelayo, no abrigaban en su seno. Allí, cuenta la tradición, trabó relaciones con muchos antiguos conocidos de la ciudad de Acci, que habían madrugado más que él para ponerse a salvo de las asechanzas insidiosas del pueblo musulmíco.

¡Más cuál fue su dolor, al acordarse de que en la cueva abandonada había dejado abandonada también una Virgen de marfil, que su cariñosa madre le había regalado poco antes de morir, con encargo de que no se separara de ella jamás! Tanto le preocupó este recuerdo, tan ingrato se miró, que determinó volver por el mismo camino a encontrar su adorada Virgen, para llevársela a Córdoba.

Con la misma facilidad que había llegado a esta ciudad, regresó a Guadix. Pero como Dios dispone que los que han de ser suyos no puedan escapar de las contrariedades adherentes a una vida de mártir, cuando otra vez regresaba a Córdoba, una partida de moros le sorprendió al pie del monte del Mencal y lo trajo a dormir a dormir al cortijo de Lopera; pero aprovechando un descuido, en ocasión de verles dormidos, escapó río abajo, hasta la junta de los dos ríos, y remontando el de Guadix, vino a parar otra vez a la Cueva del Monje.

Aquí, oculto en su antiguo cubículo, semejante a una fiera, no se atrevió ni aún a salir algunas noches para buscar provisiones. Demacrado y triste, lleno de mil angustias, vivía el pobre azorado y con temor, hasta que la Providencia dispuso que aquel alma dolorida subiese al cielo por miedo del martirio.

Una mañana del mes de abril, cinco o seis moros merodeaban por las cercanías de la Cueva haciendo leña para sus respectivos lugares. Uno de ellos vio la boca de la cueva, e internándose en ella, al poco rato salió convidando a los demás a que entrasen con él e inspeccionaran aquel antro, pues tal vez sería alguna madriguera de alimañas, y él se había acobardado al llegar a la mitad de ella.

Siguieron le los otros y no retrocedieron hasta que llegaron al fin. El pobre monje estaba oculto en el último rincón; uno de ellos distinguió el bulto y llamando la atención a los demás compañeros, llegaron a él con palos y armas arrojadizas.

El infeliz sollozó y les pidió que no siguieran en sus agresiones, que él era un infeliz cristiano, que huyendo de sus persecuciones, estaba oculto en aquel sitio, siendo un ser indefenso, hombre de paz.

Aquellos empedernidos corazones le sacaron al aire libre, y golpeándoles y maltratándoles a palos y bofetadas, ataron al infeliz al muro de un árbol cercano y con toda clase de armas contundentes le magullaron el cuerpo, dejándole como si estuviese muerto, y aquellos verdugos se volvieron a la ciudad contentos y satisfechos de su mala acción.

Cuenta la tradición oral que cuando desaparecieron, una joven, blanca como la luna, bella como la ficción más bella que pueda crear la mente de un poeta, acercó se al infeliz, desató sus ligaduras y le curó instantáneamente de las heridas que le habían inferido aquellos bárbaros, ordenándole que siguiese sus pasos sin perderle de vista. Nuestro monje, llevando por guía a aquella esplendorosa doncella, entro en Córdoba, donde fue recibido por otro compatriota, célebre en los fastos de la historia eclesiástica de España.

La doncella que la guió convirtió se a vista de los dos en una pequeña estatua de marfil, igual a la que la madre de nuestro monje le dio al tiempo de su muerte. En Córdoba recibió el martirio al lado de su ilustre compañero por negarse a observar y acatar las prácticas de Mahoma.

Esta es la tradición de la Cueva del Monje, cueva que aun todavía pueden visitar los vecinos de aquí, y que efectivamente la visitan en las hermosas tardes de primavera y en las hermosas noches del estío, cuando la luna impera sobre nuestro saludable y despejado horizonte para gozar del ambiente puro que allí se respira; pues el valle risueño que se extiende al pie del pequeño Alcor, llamado Humilladero, es un Edén, debido todo al buen cultivo de sus productoras tierras, a la exuberante vegetación que crece en sus alrededores y a las aguas purísimas y límpidas que en pequeñísimos arroyos bajan de la fuente que domina aquellos terrenos, que

mas bien son hoy pensiles de hadas, por estar bordado tan bello valle de plantas vivaces que en todas las estaciones recrean la vista con su eterno verdor; y el oído con los armónicos susurros que la brisa despide en sus frondas, siendo la cualidad superior de aquel retiro, la paz que presta al alma de un hombre que allí se solace algunos días recorriendo las páginas de una obra, de un libro, sea cual sea, siempre que su lectura esté en relación con todo aquello que proporcione la felicidad terrestre y enseñe a vivir honestamente, a no hacer daño a nadie, y a dar a cada uno lo que sea suyo”.

J. REQUENA ESPINAR. Guadix 1º Enero de 1900².

Tal y como podemos observar en el texto, se entronca la leyenda con elementos puramente históricos al hacer referencia, sin nombrarlo, a San Fandila, eremita natural de Guadix que fue martirizado en Córdoba durante la rebelión de los mozárabes³. Este recurso, de mezclar realidad y leyenda, ha sido generalmente utilizado para dar mayor verosimilitud a las leyendas.

Las cuevas, con monjes como protagonistas de leyendas, han sido bastante frecuentes a lo largo del tiempo, tales son los casos de La cueva del Monje de Benifayet en Valencia o La Cueva del Monje de Valsain en Segovia⁴ donde se mezcla casi siempre la figura del diablo que tienta a estos personajes solitarios y la intersección de la Virgen para salvarlos. Elementos recurrentes que se repiten desde los inicios del eremitismo, con los padres del desierto.

Existen además otros ejemplos, que no llevan leyenda asociada como la Cueva localizada en el Valle del Guadalhorce (Málaga) por Gonzálbes Cravioto. Se trata de una cavidad de pequeñas dimensiones, según el perteneciente al periodo visigodo, que la toponimia identifica como Cueva del Monje⁵. Ésta sería el paralelo más cercano a la que aquí se presenta.

Al margen de leyendas e historias con contenido más o menos cierto, la vida eremítica empieza a desplegarse desde la Alta Edad Media hispana, conviviendo a partir del siglo VIII, con el establecimiento de los musulmanes en la Península Ibérica. Esta convivencia se hizo progresivamente más difícil conforme avanzaba el tiempo, quedando los mozárabes del sur en minoría. Las actitudes comunes ante la represión religiosa ejercida por la política islámica fueron el enfrentamiento con el poder vigente o la huida de las ciudades. Quizás esta cueva sea un ejemplo más de esa huida del mundo urbano para evitar tanto los problemas con las autoridades musulmanas, así como evitar la convivencia con una sociedad anticristiana. En el año 852, Eulogio se hace eco de esta situación y lo describe de la siguiente manera:

*“Aquellos hombres, de los que el mundo no era digno, andaban errantes por lugares solitarios, por los montes, por las cuevas y las cavernas de la tierra”*⁶

Aunque no solo los monjes huyeron de las ciudades y del control islámico, el historiador Ibn Hayyan, al relatar las revueltas que se producen entre finales del siglo IX y principios del

2 El Accitano. 15 de Marzo de 1908.

3 ALDANA GARCÍA, M. J., *Obras Completas de San Eulogio: Introducción, traducción y notas*. Córdoba. 1998. pp. 160-161

4 LERALTA, J., Madrid: Cuentos, leyendas y anécdotas. Vol. 2. Madrid. 2002. Pág. 97.

5 GOZALBES CABRIOTO, C. Mozárabes en el Valle del Guadalhorce.

6 YELO TEMPLADO, A., “Aproximación al oriente de Al-Andalus”. *Antigüedad y cristianismo, X La Cueva de La Camareta, EL monacato Mozárabe*. pp. 457.

siglo X, cuenta que muchos mozárabes situados al este de Guadix, se refugiaron en el “hisn de Munt Rây”, un monte inexpugnable, de difícil acceso, el cual estaba muy poblado por cristianos que habían violado la capitulación que tenían con los musulmanes.⁷ Esta cita de Ibn Hayyan es bastante ilustrativa, pues en ella constatamos tanto la existencia del gran número de mozárabes en estos momentos como esa huida a los montes para escapar al poder dominante.

Desconocemos por completo como fue la evolución de esta minoría cristiana y particularmente la de aquellos monjes. Sabemos que muchos de ellos emigraron al norte de la península o fueron desterrados al Norte de África. Aunque en las zonas donde la reconquista fue más temprana, el modo de vida ermitaño perduró hasta bien entrada la Edad Moderna.

No eran pocos los predicadores, ermitaños y custodios de ermitas repartidos por toda la península, a los que hacen referencia los sínodos y consejos inquisitoriales⁸. Aunque nos inclinamos por considerar que esta cueva funcionó como una ermita mas de las que se localizaban extramuros o en las cercanías de la ciudad. Probablemente, la ermita dedicada al Cristo del Humilladero, que se halla próxima a la cueva, sustituyó a ésta debido a su mal estado en un momento que no podemos concretar por no disponer de ninguna documentación.

5. CONCLUSIONES

No podemos aventurarnos a determinar una cronología concreta del momento de construcción de esta cueva, debido entre otros motivos, a que no tenemos prácticamente elementos definitorios y concluyentes para ello y porque su reutilización posterior ha eliminado cualquier indicio. Lo que si podemos afirmar es que ha sido un lugar sagrado y de culto hasta el siglo XVIII, momento en que parecen realizarse las pinturas que aún conserva.

Podemos plantear como hipótesis y atendiendo a los escasos datos destacables como la toponimia, su enclave, su utilización como lugar sagrado y su leyenda asociada, que se tratara de una cueva construida durante la época de los mozárabes.

De hecho, el objetivo de este breve trabajo es el de documentar este lugar por si en un futuro sirve de apoyo para otras investigaciones relacionadas con esta temática que creemos interesante, no solo ya desde el punto de vista histórico-religioso sino desde el ámbito troglodítico.

No es este un ejemplo excepcional, su comprensión ha de entenderse dentro del fenómeno eremita de la Comarca de Guadix. Si en otras zonas de la Península se realizaron ermitas y monasterios excavados en la roca, con la dificultad y tiempo de trabajo que se necesitaba, aquí las facilidades que proporcionaba la arcilla probablemente fueron un estímulo a la hora de realizar estas peculiares construcciones. Nos negamos a pensar que el hecho de que la documentación no refleje la existencia de este tipo de hábitat sea la excusa para negar su existencia. En ningún caso apuntamos a un hábitat troglodita generalizado, al contrario, suponemos que fue minoritario y alejado de los centros urbanos, de ahí que no halla quedado reflejado en los documentos de la época. Las crónicas reflejan especialmente lo que interesa, es decir, los centros de poder y lo más destacado de cada zona y desde luego que las cuevas no lo eran.

7 GUICHARD, P. “La formación de Al-Andalus”, en *Los orígenes del feudalismo en el mundo mediterráneo*. Págs. 57-67. Eds. A. Malpica y T. Quesada. Universidad de Granada. Granada. Pág. 63.

8 SAINT SAËNS, A. “Fuentes para la historia de los ermitaños en Castilla-La Mancha en el siglo de Oro”. I congreso de Historia de Castilla-La Mancha, VIII: *conflictos sociales y evolución económica en la Edad Moderna*, 2. Toledo. 1988. pp. 143-146.

El hecho de que los viajeros y geógrafos andalusíes no hagan referencia al hábitat en cuevas puede deberse a muchas razones: en primer lugar porque se trataba de un fenómeno marginal, en segundo lugar porque en ellas probablemente los que vivían eran los mozárabes y estas cuevas estaban localizadas fuera de la medina, e incluso porque muchas de estas construcciones podrían pasar desapercibidas ante el viajero, dado que eran simples agujeros excavados en los cerros. Finalmente habríamos de preguntarnos una cuestión: ¿Acaso muchos de los que vivían en cuevas no buscaban esa ocultación social para evitar la presión fiscal o mas concretamente en el caso de los eremitas no anhelaban esa separación del mundo?

En cualquier caso este problema no es exclusivo de esta zona. Está perfectamente constatada y comprobada la existencia de la vida de monjes y anacoretas en toda la geografía española, con iglesias perfectamente identificadas y sin embargo la documentación al respecto de estas es casi nula o nula.

Pero si rastreamos la toponimia de la zona detectamos términos que hacen referencia a este pasado religioso. En las cercanías del santuario rupestre de San Torcuato, se localiza otra cueva con idéntico nombre. También en el cercano pueblo de Beas, se encuentran las Cuevas de Camariles, documentadas por González Blanco⁹. Otros topónimos como Camarate, lugar cercano a las cuevas de Beas o el topónimo Aldeire, que se repite en varios lugares, de las provincias de Granada y Almería, ponen de manifiesto la existencia del fenómeno eremita y cenobita. Muchas otras cuevas, como las de Almagruz, en Purullena poseen indicios de haber sido habitadas por comunidades de monjes durante la Alta Edad Media.

El propósito último de este breve estudio ha sido un acercamiento a este enclave tan conocido en la zona y que se halla próximo a la desaparición total si no se pone freno a la erosión. Aunque no se trata de un espacio de especial interés artístico, consideramos que reúne elementos de interés para ser restaurado y conservado como ejemplo de hábitat religioso o sagrado de carácter rupestre.

9 GONZÁLEZ BLANCO, A. "Las cuevas con columbario de Beas de Guadix. Granada". *Antigüedad y Cristianismo*, XX. pp. 539-558.

